

La noche de cristal

Daniel Zapata

musatura.com, @zapataescribe

Sus padres le habían dado el permiso para quedarse en casa de Julián, pero él no tenía planeado pasar la noche allí; lo inventó como una excusa para poder tener sexo con Amanda que estaría sola durante todo el fin de semana. Su familia se iría a descansar en la finca de la abuela materna.

Por su parte, Amanda le había dicho que aprovecharía el examen de Estadística de la próxima semana, para pedirles a sus padres que la dejaran quedarse estudiando en casa, no sería difícil convencerlos; ellos sabían muy bien que la piscina y los caballos eran los enemigos de su concentración. Las probabilidades de que sus padres aceptaran dejarla quedar eran del cien por ciento, le aseguró.

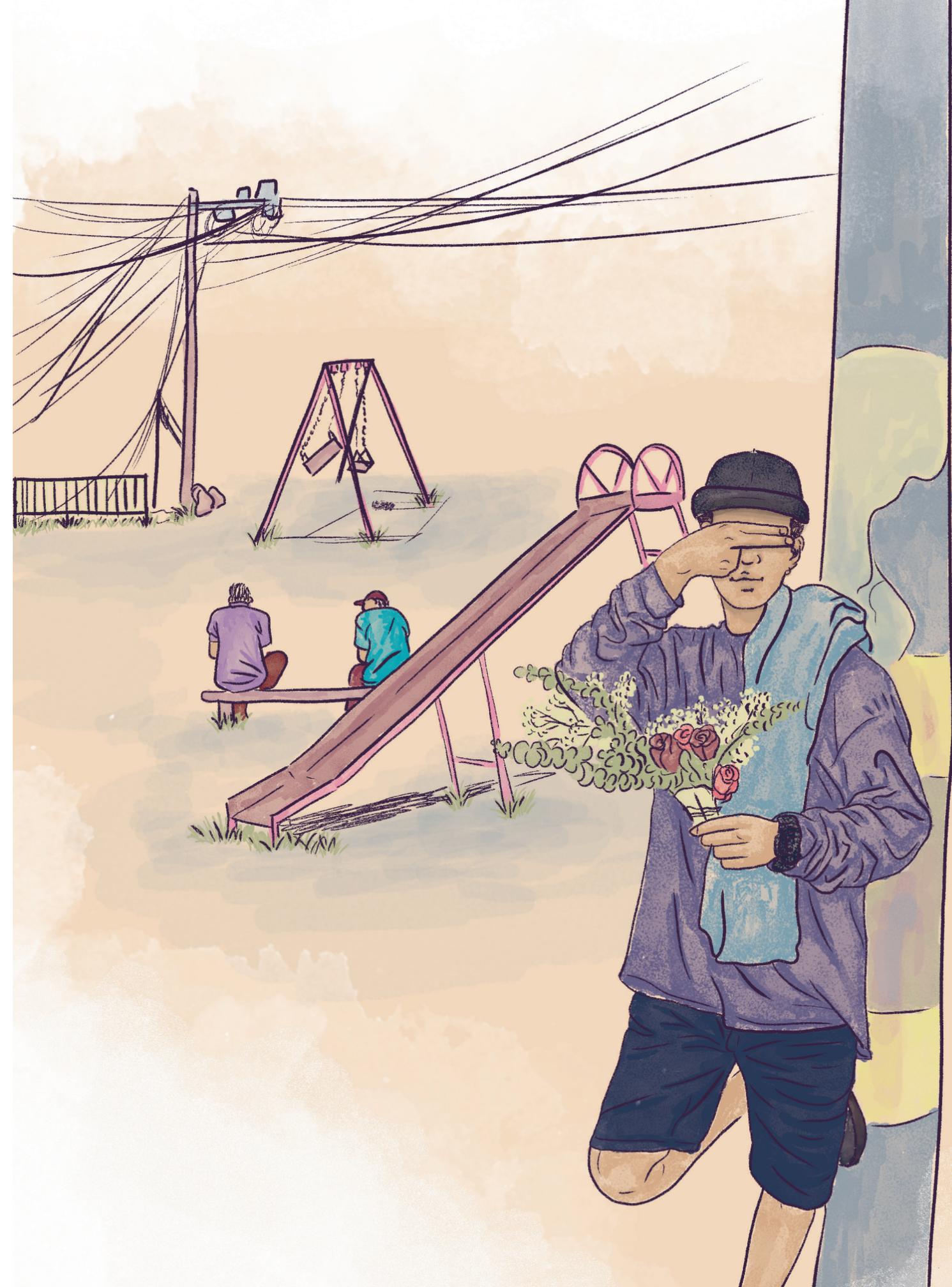
Milton recibiría un mensaje de texto de Amanda en el que le avisaría el momento en el que sus padres se marchaban para que él fuera a visitarla; lo acordaron de esa manera porque mientras esperaba, él pasaría el rato con sus amigos y ella quería que esta vez nadie se enterara. Sentía culpa porque lo habían intentado en dos ocasiones sin el menor éxito, y sus amigos lo admiraban porque era el único de ellos que había tenido sexo en dos ocasiones.

El último intento fue en una fiesta que ofreció una de las amigas de Amanda. Esa noche, ella detuvo la fricción, el preámbulo antes de quitarse la ropa, porque comenzó a sentir dolor; algo entre el pantalón de Milton le presionaba la pelvis; aunque esa vez no reaccionó de forma agresiva, le dejó ver una navaja que traía consigo y mientras le explicaba que la llevaba para defenderse, una de las amigas entró abruptamente en la habitación y él salió reprochándole la intromisión.

Milton guardó el teléfono en uno de los bolsillos de su chaqueta, a veces colocaba una de sus manos sobre el pecho porque sentía una pequeña vibración, miraba la pantalla sin sacarlo de su bolsillo para corroborar que no había nada diferente a la fecha y a la hora. Estaba ansioso, no podía evitar imaginar cómo sería el encuentro, si Amanda llevaría puesto el vestido azul que tanto le gustaba a él, si lo llevaría con sandalias, con tenis o simplemente descalza; si tendría ropa interior debajo o si el vestido sería solo un incentivo para dar inicio al momento que tanto estaba esperando y el que lo convertiría en hombre de una vez por todas.

Nuevamente incumplió el pacto de silencio que tenía con su novia: sus amigos festejaban porque esa noche Milton tendría sexo, no solo por tercera ocasión, esta vez no tendría que afanarse, no estaría preocupado porque alguien los fuera a tomar por sorpresa. Hasta ese momento ninguno de ellos había tenido la oportunidad de pasar la noche con una mujer, así que se burlaban de él porque tendría que soportar el mal aliento de su novia recién levantada a la mañana siguiente. En realidad, Julián lo decía para disimular la envidia que sentía por no estar en el lugar de su amigo y aunque los demás lo apoyaban con la misma hipocresía, le decían que solo estaban bromeando y “en serio se alegraban mucho por él”.

Milton acariciaba la piedra dentro de su bolsillo. Patiño acababa de matar a una paloma en un juego de tiro al blanco; algunas manchitas de sangre quedaron pegadas a la parte más rugosa, otras se habían disuelto con la fricción de sus dedos; entretanto se los limpiaba dentro del bolsillo de su pantalón e imaginaba distintas formas de comenzar esa noche con Amanda. En una de las formas, le rompía la blusa y comenzaba a besarle



los senos; en otra, le subía el vestido y comenzaba a penetrarla de espaldas, en el garaje, y ella sostenía su cuerpo con los brazos sobre el manillar y el sillín de su bicicleta.

Milton comenzó a sentir un roce entre la piedra y su pene.

—Había una vez un pueblo tan desconocido... tan desconocido... que no había gente —dijo Víctor antes de salir a correr para escapar de los golpes que sus amigos le propinaban cada vez que él bromeaba.

—¡Cójalo, cójalo! —gritó Julián.

Patiño empujó a Milton para que ambos lo persiguieran, pero no hizo caso.

A lo lejos, Milton observaba a sus dos amigos sujetando a Víctor por la espalda, intentaban derribarlo inmovilizándole los brazos, pero este se resistía. Mientras lo arrastraban por el suelo, Milton se percató de que lo estaban empujando hacia los excrementos de un perro. Víctor se defendía con los brazos extendidos sobre la acera y les suplicaba que no lo hicieran. Algunas personas comenzaron a gritar desde la acera de enfrente para que lo dejaran tranquilo. En un descuido de los dos, Víctor logró soltarse y salió corriendo. Esta vez Milton se les unió y los tres fueron detrás de él.

Para Milton lo único que hacía diferente ese sábado, de todos los anteriores, era lo que iba a suceder más tarde; sin más, la rutina que todos ellos tenían no cambiaba mucho: primero se encontraban en la casa de Julián para salir a deambular por las calles y, luego, terminaban en el parque tomando vino, fumando cigarrillo y hablando de mujeres; algunas veces, Víctor y Julián, alardeaban sobre los nuevos amigos que habían hecho alrededor del mundo a través de algún video juego que acababan de comprar en línea, mostraban en sus teléfonos móviles conversaciones y fotos de ellos tomadas de la pantalla del televisor. Meses atrás, finalizando el colegio, no había sido muy diferente, solo que, en ese tiempo, Milton era el único soltero.

Se detuvieron en la entrada de un supermercado y, una vez ingresaron, cada uno tomó un camino distinto. Patiño se acercó a la zona donde estaban los productos de limpieza, Víctor se quedó en el cubículo para comprar la lotería, Milton se detuvo en la zona de herramientas donde observó diferentes

tipos de cabuyas y Julián comenzó a llamarlos desde la zona de los licores. El dueño del lugar se aseguró de que las cámaras de seguridad estuvieran funcionando y guardó su teléfono móvil en el bolsillo de su overol. Aunque también los vigilaba a través de los espejos circulares ubicados en las cuatro esquinas del establecimiento, no pudo evitar que le robaran.

Todos fueron a donde estaba Julián y tomaron dos vinos de caja. El dueño los esperaba en la registradora y mientras se acercaban dudó por un momento en solicitarles el documento de identidad. Julián lo miraba desafiante mientras dejaba las cajas y el valor total sobre el estante sin decir palabra alguna. Milton caminaba, con la mirada fija en el suelo, hacia donde estaba Víctor imaginando que estaba acostado en una cama doble y Amanda permanecía de pie, en ropa interior y comenzaba a bailar. Aunque no recordaba con precisión la apariencia de Amanda semidesnuda, a veces sentía el olor y el sabor del talco de sus senos en su boca; volvió a sentir la fricción con la piedra. Víctor esperaba en la puerta de salida de la tienda y Patiño se retiraba lentamente, mirando las revistas que estaban exhibidas cerca de la entrada, con dos encendedores y un paquete de cigarrillos en sus bolsillos que la máquina de seguridad no detectó.

—Que tengan un buen día muchachos —dijo el dueño con afán por revisar la grabación de las cámaras.

—Muchas gracias, Don —respondió Julián.

Salieron y unos metros más adelante comenzaron a correr hacia el parque.

El parque era el lugar en donde habían pasado los mejores momentos desde que estudiaban en el colegio. El mismo lugar, detrás de la universidad en la que ahora estaban estudiando, en donde Patiño había sido golpeado y asaltado por los ladrones. Allí, celebraron la noche de graduación del colegio hasta que la Policía los expulsó por petición de los residentes del barrio. También fue donde Víctor le declaró su amor a Leticia y tuvo que esperar dos horas a que ella volviera para decirle si quería o no ser su novia: si lo besaba, significaría que sí; si solo se acercaba y decía “hola”, significaría que no. Durante el beso, sus amigos los dejaron a solas y aunque Víctor siempre les había dicho que esa noche habían tenido sexo ahí mismo, en la colina, nunca le creyeron.

El parque lo consideraban el mejor lugar para compartir, enamorarse, ver estrellas fugaces y disfrutar la vista de la ciudad que solo se podía tener desde allí.

A veces, se quedaban por horas sentados en los columpios mirando el horizonte o se sentaban sobre el pequeño muro que los separaba de la colina por la que Milton podía descender directamente hacia el barrio en donde vivía Amanda.

Comenzaron a beber de una de las cajas. Patiño sacó de su bolsillo el paquete de cigarrillos y les ofreció a todos. Milton no aceptó.

—Vea este regalito que le mandó el tipo de la tienda —musitó Víctor extendiéndole un paquete de condones a Milton —Que con mucho cariño, dijo.

Comenzaron a reír y Milton los guardó dentro de su bolsillo, junto a la piedra. Recordó la primera vez que Amanda le dijo que no porque él no sabía ponerse el preservativo; le decía que solo le estaba cubriendo la punta del pene y debía cubrirlo completamente. Del otro lado de la puerta, estaba Julián afanándolo porque sus padres estaban por llegar.

—¡Uy! ¿Qué es todo lo que tiene ahí? —exclamó Víctor señalando los bolsillos de Milton para que todos lo vieran —Pobre hombre, está que lo mete dentro de un hormiguero —amagó con salir a correr, pero no lo hizo.

—¡Marica! Se le cayó algo —le dijo Julián a Víctor, mientras encendía su cigarrillo.

—Bueno, salud por don polla —le siguió Patiño.

—Ton, Mil-tón el follón —remató Víctor antes de caerse del columpio. Todos comenzaron a reír estruendosamente. Tirado en el suelo, recogió una bolsita de plástico que salió de su bolsillo.

—Muestre, muestre qué es eso —le increpó Patiño intentando arrebatársela.

—¡Me piensa en el primero! —le dijo Víctor a Milton forcejeando con Patiño para no entregársela.

Milton los observaba estrujándose el uno al otro. Pensó en proponerle a Amanda que jugaran algún juego en el que estuviera la condición, para aquel que perdiera, de convertirse en el esclavo del otro. El juego no podría ser con números. Sintió ansiedad

al imaginar que ella se negara de nuevo a tener sexo con él y tuvieran que volver a inventar una mentira para no quedar mal ante sus amigos.

Patiño y Víctor estaban de rodillas frente a frente, hacían ademanes con intención de golpearse para que el otro no tomara la bolsita que permanecía sobre el suelo.

—¿Por qué tan callado? ¿Está nervioso? —le dijo Julián a Milton tomando el paquete de cigarrillos que estaba sobre uno de los columpios vacíos.

—No, nada, acá viendo a estos dos.

—Yo sí decía, ni que fuera la primera vez, ¿y a qué hora se va? —Dio una bocanada y dejó el encendedor dentro del mismo paquete de cigarrillos —Bro, ¿quiere que lo acompañemos? —le dijo entrecerrando sus ojos y dejando salir pelotas de humo de su boca.

—No, mejor voy solo, de pronto los vecinos dicen algo —tomó un cigarrillo y lo encendió, de inmediato comenzó a toser.

—Mucho tonto, ¿por qué fuma si no sabe? ¡Dele, dele! —Les gritó a sus dos amigos que ahora estaban forcejeando tumbados en el suelo. Milton aprovechó el momento y guardó rápidamente el encendedor dentro del bolsillo que tenía vacío.

—No, no, no, espere, vea, sabe qué —dijo Víctor riendo nerviosamente y señalando a Milton. Pensó que Víctor lo había descubierto; apretó la piedra a través de la tela del pantalón. —Había una vez una mujer tan fiel, pero tan fiel, que cuando tenía sexo con su amante se imaginaba que era su esposo —Julián escupió el trago que acababa de tomar y no paraba de reír.

Milton aspiró una bocanada y volvió a toser; esperaba con ansiedad que su teléfono vibrara. Miraba el crepúsculo y se rascaba una picazón inexistente a la altura del corazón. Patiño y Víctor estaban tendidos en el suelo rodeados de ganchitos para colgar la ropa.

—¿Y esa mierda qué es?

—Los saqué del supermercado.

—Mucho imbécil, ¿eso para qué?

Julián se dirigió hacia el muro con el vino en una de sus manos y les dijo a todos que se sentaran con él; le pidió a Milton que llevara los cigarrillos.

Patiño y Víctor le siguieron. Milton fue detrás, pero antes de alcanzarlos se agachó y tomó dos ganchitos del suelo y los guardó en el bolsillo junto al encendedor.

—¿Se imaginan cuando seamos viejos?... no sé... imaginen cuando tengamos 30... ¿será que estaremos aquí? —dijo Víctor tímidamente tomando un trago.

—Yo no creo que yo llegue hasta por allá, yo me muero antes —respondió Patiño haciéndole un gesto para que le pasara la caja de vino —son demasiados años.

—Este quiere ser parte del club de los 27 —dijo Víctor mirándolo de reojo como si estuviera esperando recibir un golpe. Milton tenía puestos sus ojos colina abajo, sintió temor de que, en el momento de descender, en medio de la oscuridad, le saliera al paso una culebra y lo mordiera. Se alcanzó a imaginar en una camilla de hospital en estado de coma y sus amigos viéndolo desnudo y enterándose de que había muerto virgen.

—No es tanto tiempo —respondió abruptamente para salir del letargo —a mí me gustaría llegar a viejo, conocer más cosas... tener hijos...

—Lo bueno es que esta noche va a dejar embarazada a... así que le toca trabajar y cuidar de la familia el resto de la vida —dijo Julián. Patiño dejó escapar una risa nerviosa.

—¿Pero cómo... acaso cree que este huevón va a usar los condones para decorar la casa o qué? —le respondió Víctor esquivando un puño que lanzó Patiño a su espalda y haciendo un guiño a Milton —oiga ¿A qué hora quedó de ir a clavar las semillas?

—Ahora más tarde —le respondió esbozando una sonrisa —¿Usted tampoco quiere llegar a viejo?

—¡Uff, claro! —se interpuso Patiño esta vez acertando el golpe en la espalda de Víctor —Este va a ser de los viejos, de esos que se sientan en frente de los colegios de las niñas esperando a que salgan para morbosearlas, me lo imagino —gemía haciendo el bizco mientras simulaba tener el pene en sus manos para masturbarse.

Milton comenzó a reír estrepitosamente. Los demás rieron con él. Sentía ansiedad porque Amanda aún no le escribía y aunque temía que fuera otro intento fallido de tener sexo con ella, no

quería que le vieran escribiéndole porque estaba seguro de que Víctor comenzaría con los chistes y eso lo convertiría a él en el tema de burla del resto de la noche.

—Bro, vamos por más vino —dijo Julián a Víctor bajándose del muro.

—Hágale —antes de seguirlo, le dijo a Milton — si cuando vengamos ya no está, mucha suerte y me da envidia... en verdad..., pero de la buena... eso sí... aproveche hasta el último condón que tenga y si se le acaban busque cualquier chuspa, se la pone y sigue... sin compasión.

—Ya venimos, tranquilos que no los vamos a dejar plantados como la noviecita va a dejar a Don Follón —asestó Julián.

—¿Dónde está el fuego? Me saqué dos de la tienda y ahora no encuentro ninguno —Patiño revisaba todos sus bolsillos —¡Nada nada, aquí está, aquí está!, el otro sí no sé qué se hizo —les recriminó a todos luego de encontrarlo dentro de uno de sus calcetines.

Ninguno habló nada diferente a pedirle al otro que le alcanzara un trago o un cigarrillo. Patiño comenzó a observar un camino de hormigas que cruzaba enfrente de donde estaban sentados, pasó la frontera del parque y se hizo del lado de la colina; comenzó a buscar el origen del camino. Milton trataba de no pensar en Amanda, poco a poco iba perdiendo la esperanza de recibir el mensaje. Por momentos pensaba que los padres de ella habían decidido quedarse en casa para acompañarla; a veces se le cruzaba la idea de que Amanda podría estar con otro hombre; con menos frecuencia se imaginaba que ella estaría organizando todo para su encuentro. No podía llegar a una conclusión que le agradara, todas le parecían igual de inquietantes. Le molestó saber que si Amanda estuviera en su misma situación lo resolvería fácilmente con un análisis de probabilidades. Quiso contarle a Patiño, pero se abstuvo porque en el momento en el que llegaran los demás, las burlas y comentarios no se detendrían, por lo menos hasta que él se fuera de allí. Además, estaba distraído apilando hojas secas sobre el camino de las hormigas para quemarlas. Milton aprovechó el momento para enviarle un mensaje a Amanda sin que nadie lo estuviera observando, estaba molesto, pero se contuvo de hacerle algún reproche porque de pronto ella cambiaba de opinión y lo dejaba plantado. Solo escribió “hola” y guardó el teléfono rápidamente en su bolsillo.

Comenzó a mirar la ciudad, las luces titilantes y una sutil neblina que comenzaba a esparcirse por los techos de las casas le ayudó a ignorar por momentos el aullido de un perro que le pareció un mal presagio, de la posibilidad de una muerte repentina o de un accidente del que nunca se podría recuperar; escuchaba a su amigo lanzar improperios a las hormigas, pero no lo alcanzaba a ver.

Revisó de nuevo su teléfono y vio que el mensaje aún no le llegaba.

En la oscuridad, cerca de las ramas desde donde escuchaba la voz de Patiño solo podía ver pequeños puntos de luz sobre el aire que tardó en reconocer; sintió lástima de que de pronto las luciérnagas terminaran en el mismo destino que ahora tenían las hormigas.

La neblina se hacía más espesa y ahora le preocupada no tener la menor certeza de saber en dónde pasaría la noche. Podía volver a su casa inventando otra mentira a sus padres para justificar su regreso y decirles a sus amigos que se iba con Amanda o podía ir donde Julián y con ello sentirse mejor frente a lo que les había dicho a sus padres, pero su amigo sabría la verdad, o podía quedarse en cualquier otro lugar para poder decirles a sus amigos que se iba a donde Amanda y sus padres creerían que estaba con Julián como les había dicho. Pensó quedarse recostado sobre la colina hasta el día siguiente, pero tendría que llevar a sus amigos a otro lugar para poder regresar después sin levantar sospechas.

—Pero miren a quién tenemos aquí... ¡vaya, vaya! —gritó Víctor a lo lejos.

—Pensamos que ya estaba en el... —aseveró Julián introduciendo uno de sus dedos, varias veces, dentro de la caja de vino.

—Y qué se hizo Tiño.

—Por aquí está —señaló Milton hacia la colina —¿Qué trajeron?

—La dosis de alcohol y cigarros —respondió Víctor pasando el muro —¡Huy! ¿y ahora qué? ¿A dónde lo va a meter este?

—Vea, tómese un trago —Julián le extendió una botella —En serio, a qué hora se va a ir —lo miró con desdén ante el gesto que hizo —No sea quisquilla, es Vodka, vea pues —tomó un trago largo

—para que no crea que es quién sabe qué —Milton tomó un trago y recibió el cigarrillo que Julián le ofreció.

—¡Uff! Está bueno —sopló —Saboli... ¿Qué?

—No sé, Víctor le arrancó la etiqueta —le respondió mirando la bolsa en donde estaban guardadas las botellas.

Sobre la media noche ninguno hablaba, Víctor se había quedado dormido meciéndose sobre uno de los columpios; Patiño antes de irse lo despertó calentándole el trasero con el encendedor. Julián comenzó a caminar detrás de él sin decir nada. Milton se despidió y con la piedra en la mano fue colina abajo con la intención de encontrar el perro que no paraba de aullar. 🐕

